

# EL OCCIDENTE.

DIARIO POLITICO.

EN MADRID.

Viernes 29 de enero de 1858.

EN PROVINCIAS.

AÑO IV.—NUM. 954.

EDICION DE LA MAÑANA

## ADMINISTRACION.

Los señores suscritores cuyo abono concluye el 31 del presente, se servirán renovar el tiempo para no experimentar retraso en el recibo de EL OCCIDENTE.

MADRID 29 DE ENERO.

La sesión celebrada ayer en el Congreso fué una prueba más de la injusticia de las oposiciones a los principios y gobierno del verdadero partido moderado y un triunfo para este, como verán nuestros lectores en la breve reseña que nos proponemos hacer de dicha sesión.

Después de leídas por segunda vez las siete enmiendas presentadas a la mesa en el día de ayer, referentes al proyecto de contestación al discurso de la corona, se dió lectura a dos nuevas firmadas por los señores Rancés, Illas y Vidal, Bernar y otros diputados. La primera de dichas enmiendas, llevada por objeto el intercalar un párrafo en el documento de que nos ocupamos, en el cual dijera el Congreso que se hallaba animado del vivo deseo de poner término a toda incertidumbre respecto a la Constitución vigente a fin de que cese la perturbación y zozobra que reinan en la nación, a causa de la reforma política intentada hace algunos años.

Esta enmienda, como nuestros lectores comprenderán por la simple lectura de su contenido, era completamente estemporánea, y no comprendemos cómo el autor de ella encontró diputados que la apoyasen con sus firmas, después de conocidas las tendencias del actual gabinete, expresadas por su digno presidente en el primer día que tuvo la honra de presentarse a la Cámara.

El señor Rancés usó de la palabra para apoyarla, pronunciando un discurso correcto y fíel, pero exhausto de razones que justificasen su pretensión. Empezó S. S. asegurando que la pretendida reforma de 1832 había producido profundas perturbaciones en el país y en el seno del partido moderado, y que estas perturbaciones podrían reproducirse fácilmente si las Cortes y el gobierno no se apresuraban a asegurar a la nación que el Código político de 1845 no peligraba, y que no sería por ellos aceptada aquella reforma.

El señor Rancés terminó su limitado discurso encareciendo la necesidad de despejar todas las posiciones, y de que todos dijeran por medio de una votación, cuál era su posición respectiva acerca de la pretendida reforma de 1832.

Lo repetimos: la enmienda y el discurso del señor Rancés son completamente estemporáneos: el señor Rancés pudo con la misma razón preguntar a la Cámara su opinión sobre la Constitución del año 12 que sobre la pretendida Constitución del señor Bravo Murillo.

Ni la comisión que representa a la mayoría del Congreso, ni el ministerio, que representándola también, ha espuesto, sin embargo, su programa, han aceptado otro fundamento, otra marcha ni otras aspiraciones, que las aspiraciones, el fundamento y la marcha del partido moderado, representado a su vez en la Constitución de 1845.

Ignoraba el señor Rancés las palabras que el señor Isturiz había pronunciado al presentarse en el Congreso después de formar parte del gobierno? Ignoraba el señor Rancés la conducta de las Cortes y la conducta de la prensa moderada, que apoyan a ese ministerio después de haber dado al público su programa?

Estamos seguros que S. S. no ignoraría ni lo uno ni lo otro; por esta razón creemos que su enmienda era innecesaria, y que su discurso, por más que reconocamos en la persona que le ha pronunciado, relevantes prendas, no ha satisfecho nuestros deseos ni puede haber llenado los de nadie.

La materia que el señor Rancés se propuso desentrañar pertenece a la historia; nadie, absolutamente nadie ha pensado en ella, y por consiguiente todo el trabajo de S. S. ha sido completamente estéril para el país e inútil para su partido.

Esto mismo que acabamos de consignar probó el señor presidente del Consejo de ministros en las pocas palabras que pronunció contestando al señor Rancés. Nosotros, dijo, y ya lo hemos repetido, no queremos otra Constitución que la de 1845. Con ella gobernaremos y a ella sujetaremos los proyectos de ley que presentemos a las cámaras. El señor Isturiz creía, y nosotros lo creemos también, que después de haber presentado explícitamente su programa político, la enmienda y el discurso del señor Rancés, eran un voto de censura para el gobierno.

A continuación del señor Isturiz usó de la palabra, como de la comisión, el señor Cárdenas. El señor Cárdenas, con gran aplomo y un tacto esquivo rebatió el cargo formulado por el señor Rancés de que las Cortes, en la cuestión de pre-

sidencia, se habían presentado hostiles a la Constitución vigente. Las Cortes, dijo, no se han declarado hostiles a la Constitución del Estado, pues simplemente han elegido un presidente, que no representa hoy lo que supone el señor Rancés por haber cambiado las circunstancias. En este acto, lo que han hecho ha sido agruparse alrededor de la bandera de unión, levantada en la cámara por algunos señores diputados y depositada en las manos del señor Bravo Murillo, que comprende sin duda su elevada posición, muy distinta por cierto en el solo hecho de haber sido aclamado por jefe, a la que ocupaba hace algunos años cuando pretendió la reforma y fué combatido por los que hoy le prestan su eficaz apoyo.

El orador concluyó asegurando que la comisión reconocía también la Constitución del 45, con cuya declaración y la que anteriormente había hecho el gobierno, se dió el señor Rancés por satisfecho retirando la enmienda que había presentado y defendido.

Terminado este debate se dió lectura a otra análoga, firmada por el señor Illas y Vidal, que se levantó a defenderla, no consiguiéndolo a pesar de sus esfuerzos. El señor Illas y Vidal que demuestra muy sinceros deseos, y que es incansable cuando se trata de defender los intereses de la nación, carece por desgracia de la dotes que realzan mas a los diputados, y sobre todo de aquellas que adornan a los oradores. S. S., que no tiene voz a propósito, y que carece de elocuencia, tiene además el defecto de hacer interminables sus discursos, reproduciendo muy a menudo de una a veinte veces sus razonamientos.

En el día de ayer, el señor Illas aseguró que en la actualidad, y esto fué lo mas interesante que dijo, existen en la Cámara dos tendencias, o valiéndose de sus propias palabras, dos sistemas que tienden a llevar a la gobernación del Estado dos opuestos principios, dos opuestas escuelas, la del liberalismo y la del absolutismo vergonzante.

El primero, según S. S., es aquel de que él forma parte, y que reconoce el esplendor de la tribuna y de la prensa; que da participación a la opinión pública de los actos del poder; que reconoce la libertad, y que vive, en fin, dentro del parlamentarismo en todo su esplendor.

El segundo, es decir, el que es partidario de ese vergonzante absolutismo, lleva por objeto la supresión de todas las instituciones y garantías liberales. Los hombres que representan ese sistema, son los hombres que defienden la reforma de 1832.

Si S. S. echó una ojeada sobre su discurso, y es todo lo franco que necesita ser un hombre para prescindir completamente de su amor propio, estamos seguros que reconocerá con nosotros que su enmienda, en un todo conforme con la que se discutió anteriormente, no tenía objeto después de las explicaciones dadas por la comisión de contestación al discurso de la corona, de las espuestas por el señor presidente del Consejo de ministros, y sobre todo, después de haber el señor Rancés retirado la suya.

Qué tenía que ver con la discusión del dictamen de contestación a S. M. la existencia de esos dos sistemas políticos radicalmente opuestos en tendencias, de que nos habló S. S.?

Ha negado alguno al señor Illas el antagonismo de esos dos sistemas? Todos sabemos, y esto no es necesario que S. S. nos lo diga, que el absolutismo es imposible en España después de la guerra de los siete años, esté o no representado por esta o la otra dinastía, por esta o la otra rama. Solo comprenderíamos las palabras pronunciadas por el orador, suponiendo que las actuales Cortes amenazasen su propia existencia y la de las instituciones con un golpe de Estado, en el que nadie ha pensado seguramente, aparte del señor Illas y Vidal.

Pero el señor Illas no puede, ó a lo menos no debe haber pensado semejante cosa. Y no puede ni debe haberla pensado porque aparte de las razones de propia conservación y de otra índole mas elevada que tienen los diputados, para ser siempre constitucionales, están las razones alegadas por el gobierno de S. M. y por la comisión que ha redactado el dictamen puesto a discusión en el día de ayer; razones que bastan y sobran para persuadir a todo el que las haya oído, de que tanto esta como aquel no aspiran a otra cosa que a la práctica sincera de la Constitución vigente.

Después de este señor diputado usaron de la palabra en contra de la enmienda el señor ministro de Gracia y Justicia y el señor Estrella, secretario de la comisión.

El señor Fernandez de la Hoz, que, como ya hemos tenido ocasión de decir varias veces, posee grandes dotes como orador parlamentario, espuso nuevamente que los deseos del gobierno estaban representados en los principios del partido moderado; principios que todos reconocen muy distantes de los que profesan los partidarios del régimen absoluto; principios que S. S. ha profesado siempre con sinceridad y por los cuales está dispuesto a sacrificarse en el porvenir.

Usó de la palabra a continuación el señor Estrella, rebatiendo también con energía la enmienda

del señor Illas, que puesta en seguida a votación fué desechada por 181 votos contra 7.

El resultado de la votación no puede ser mas elocuente. Los partidarios del último gabinete, que dudan de la unión de nuestro partido, deben volver la vista a este resultado, testimonio evidente de la igualdad de miras y de principios del partido moderado. Los que intencionalmente suponen que caminamos a una reacción sin límites, muy distante por cierto de los deseos del partido conservador, deben también volver la vista a la votación de ayer, y después de persuadirse de que dentro de la Cámara actual están todos los hombres mas importantes del bando moderado, decirnos, si todos, absolutamente todos los 181 representantes del país que prestaron su apoyo a la comisión encargada de contestar el discurso de S. M., son reaccionarios y absolutistas vergonzantes, como decía el señor Illas, ó moderados liberales, que comprenden la libertad dentro del orden.

De hoy en adelante consideraremos al señor Illas comprendido entre los partidarios de la unión liberal, únicos que ayer votaron su enmienda.

Después de terminada la discusión de las dos enmiendas de que hemos dado cuenta, usó de la palabra en contra de la totalidad del dictamen, el señor Gonzalez de la Vega, pronunciando un discurso largo, dirigido a examinar principalmente la política seguida por las tres administraciones moderadas que han ocupado el poder desde la caída del ministerio O'Donnell. Su señoría, entre otras cosas, dijo, que el ministerio del duque de Valencia, a pesar de los medios de represión con que contaba, dejó conspirar en Sevilla a la gabilla socialista que llevó la desolación y el incendio a Utrera, a la Carolina, a la sierra de Ronda y a otros puntos de Andalucía, en medio de la luz del día, en los cafés de aquella ciudad y aun en las plazas públicas.

Estas palabras y otras del diputado progresista hicieron usar de la suya, siempre agresiva y descompuesta, al siempre luneto señor marqués de Pidal, que empezó diciéndonos que si aun permanecía en el Congreso era simplemente porque esperaba responder a los ataques que se le dirijiesen por haber formado parte del ministerio a que se refirió el señor Gonzalez de la Vega, pues sin esta circunstancia habría partido ya al puesto para que ha sido designado por S. M. Sin duda aludirá su señoría a la embajada de Roma.

En el extracto de la sesión hallarán nuestros lectores las palabras del académico marqués. Por nuestra parte renunciámos a su análisis, contentándonos con decir a nuestros lectores que su señoría estuvo tan desgraciadísimo como de costumbre. Si nosotros nos propusiéramos analizar su discurso, lo haríamos desfavorablemente para su señoría, y esto pudiera dar lugar a creer que la pasión nos cegaba hasta el punto de desconocer las bellezas en que abundó. Leyéndolo por sí, nuestros lectores juzgarán de él imparcialmente, y eso que en el extracto no habrá consentido el señor Pidal que se reproduzca lo de *apuntado en mis apuntes*, que dijo, y otras lindezas que habrá tenido buen cuidado de suprimir él ó alguno de sus celosos amigos.

El señor Pidal es uno de aquellos hombres que confunde muy a menudo la energía con la agresión; que no combate a los adversarios en el terreno tranquilo de la razón y de la lógica, sino en el de las pasiones, y por eso siempre que habla se desconcierta, y aunque alguna vez tenga razón, hace creer a los que le escuchan que no la tiene nunca.

Entre todas las anomalías, no conocemos ninguna mayor que la de nombrar a S. E. para un puesto diplomático, puesto que solo puede desempeñar satisfactoriamente aquel que reúna condiciones contrarias a las de S. S.

El señor Pidal dijo ayer que extrañaba mucho que el señor Santa Cruz diese asenso a las calumnias propagadas contra su persona, y muy particularmente a la de que él ha hecho siempre la oposición a los ministerios de que no ha formado parte ó que no le han dado una posición oficial importante.

Es verdaderamente una calumnia decir que el señor marqués ha hecho oposición a los ministerios moderados.

Se la hizo, sí, al ministerio puritano, al del señor Bravo Murillo, al del señor Roncali, al del señor conde de Mirasol; y pensó hacérsela al del señor Lersundi y al del señor conde de San Luis. Pero aparte de estos, todos los demás ministerios moderados encontraron apoyo en S. S. ¿Pero cómo no habían de encontrar apoyo en el señor Pidal, si él formaba parte de casi todos ellos?

Terminado este incidente, y después de rectificar ligeramente el señor Santa Cruz, se levantó la sesión a las siete y cuarto, anunciando el señor presidente que hoy continuaría la discusión sobre la totalidad del dictamen de la comisión.

La sesión de ayer, como habrán visto nuestros lectores por esta breve reseña, fué un triunfo para nuestros principios, y una elocuente enseñanza que nos ha puesto de manifiesto lo que podemos aguardar de ciertos hombres que se llaman conservadores.

El señor Pidal oyó de la boca del señor Santa

Cruz una parte de las muchas verdades que pueden decirse. El flamante embajador, incorrecto y descompuesto, como siempre, no logró vencer a nadie con sus desaliadas explicaciones. S. S. está ya muy conocido, y su conducta política la tiene bien juzgada el país.

J. Gomez Diez.

Tan escasa de interés como las anteriores fué la sesión verificada ayer en el palacio del Senado. Abierta a las dos y cuarto de la tarde bajo la presidencia del señor duque de Veragua, y leída y aprobada el acta de la anterior, se dió cuenta de que algunos señores senadores no podían asistir a las sesiones por hallarse enfermos.

El señor Olivan, secretario de la comisión de contestación al discurso regio, dió lectura al dictamen de la misma, é igualmente a un voto particular del señor marqués de la Pezuela sobre la misma contestación, en el cual se felicita a S. M. la Reina por su feliz alumbramiento, y se dice que el Senado dará su apoyo a todos los proyectos de ley que el gobierno presente con la autorización de S. M., y en los cuales se establezcan leyes justas y reparadoras.

El señor Sainz Andino presentó un proyecto de ley para los libros de los comerciantes tengan fuerza legal aunque no se hallen estendidos en el papel del sello correspondiente, invalidándose desde luego el art. 75 del real decreto de 1831 sobre el particular. Dicho señor no pretende por esto que queden impunes las faltas de los que desobedezcan las prescripciones de dicho decreto mientras se halle vigente. A la protesta de letras y pagarés que no vayan estendidos en papel timbrado, debe proceder, según el contenido de dicho voto particular, el pago de la multa en que hubiesen incurrido.

A continuación se leyó un dictamen de la comisión de examen de calidades proponiendo la admisión en el Senado del señor Barcoones, patriarca de las Indias, y se levantó la sesión pública para reunirse el Senado en sesión secreta.

El proyecto de contestación al discurso de la corona, firmado por la mayoría de la comisión, y el voto particular del señor marqués de la Pezuela, dicen así:

«Señora: desde el momento en que al abrirse la presente legislatura, se dignó V. M. dejar oír su voz en este recinto, formó el Senado el designio de dirigir a V. M. un reverente mensaje apresurándose a felicitarla por el fausto suceso que ha llenado de júbilo a los españoles, y dado al trono el heredero que desvanecerá los restos de ilusiones aéreas, y cuyo no abre es legítimo blason de gloria, símbolo de grandeza y esperanza de días prósperos para la patria. El Senado, señora, ha cumplido ya con este grato deber y presta este homenaje: en el día de hoy reproduce el testimonio de su profundo respeto, asociándose, cual conviene a pechos leales, a la dicha que experimenta V. M. en el colmo de sus mas dulces y halagüeñas aspiraciones.

También es satisfactorio, señora, el que en tan señalada ocasión haya recibido V. M. de los monarcas extranjeros, las mas espontáneas muestras de interés por V. M. y su real familia, sobresaliendo entre estas manifestaciones la del soberano Pontífice, quien al constituirse, por representación, en padrino del recién nacido príncipe, y al rodearlo en la pila bautismal de las mas solemnes ceremonias de la iglesia, atrayendo sobre él las bendiciones del cielo, no solamente ha querido purificarlo, sino también engrandecerlo a los ojos de una nación que cree en su Dios y en sus reyes.

V. M. se ha servido manifestar que continuará en términos amistosos las relaciones del gobierno de V. M. con los que rigen a las demás potencias. El Senado se complace en ello, así como desea la pronta y honrosa terminación de la desavenencia con la república mejicana en el concepto de mantenerse en todo caso el nombre español a la altura que le corresponde, en las playas donde plantó Cortés la cruz a la sombra del estandarte de Castilla.

Volviendo la vista a las provincias que allende los mares se han conservado fieles, es consolatorio el contemplar el creciente desarrollo que los sirve de merecido galardón, estrechándolas por gratitud y conveniencia en esta vasta nacionalidad, donde todavía se ostentan las mas ricas y preciadas territorios que alumbra el sol en su carrera.

Para guardar tan dilatadas costas, y abreviar tales distancias, aplaude este cuerpo colegislador todo esfuerzo encaminado al fomento de la marina de guerra, como prueba, y la solicitud de V. M. por la integridad de la marinería, y como protección a la navegación mercante, que sirve de auxilio y animación a todas las industrias. El buen sentido del pueblo ha comprendido siempre en España al incremento marítimo, tradición de proezas y sacrificios anticipándose al curso de la madura razón de los hombres de estado.

El ejército, señora, y la guardia civil reciben de V. M. la insignia honra de una distinguida mención a su lealtad, disciplina y exacto cumplimiento del deber. El Senado agrade también a espesa su justa consideración a la fuerza armada, que así está dispuesta a sustentar la dignidad nacional en el exterior, como a defender el trono y afianzar la autoridad de la ley en el interior, conservando el orden público, atmósfera necesaria a la vida y progreso de las sociedades.

El Senado reconoce con satisfacción que la quietud que felizmente se disfruta en todo el reino, ha permitido alzar el estado de sitio en la mayor parte de las provincias donde había subsistido, moviendo también el noble corazón de V. M. a conceder una nueva y amplia amnistía, consuelo a no pocas familias, antes atribuladas, que sabrán agradecer el beneficio a la generosa Reina que olvida y perdona.

Es asimismo tranquilizador el aspecto que la nación

ofrece y que V. M. aprecia con exactitud en cuanto la probabilidad de una buena cosecha disipa el recelo de nuevas escaseces. al propio tiempo que el recuerdo de las crisis mercantiles por abuso del crédito y febril ardor de la especulación ha preavido recientemente a nuestro país de los conflictos que se han dejado sentir en otras, tanto del antiguo como del nuevo continente.

Hasta aquí, señora, ha podido la respetuosa contestación del Senado seguir los períodos del discurso de V. M. en la apertura de las Cortes: su última parte consiste en indicaciones de proyectos de ley que debía el ministerio someter a la discusión parlamentaria; mas habiendo V. M. tenido a bien cambiar de consejeros responsables en este intermedio, la notoria prudencia de V. M. estimará oportuno que en tal situación no se especifiquen aquí ni se consideren aquellos proyectos, sino de una manera general y somera.

El Senado se atreve a asegurar a V. M. que, firmes y concisos como son sus principios, no menos que sus sentimientos, puede predecirse sin equivocación, el sentido en que sustancialmente ha de emitir su voto en cada cuestión importante. En política, la monarquía es su creencia; el desembarazado juego de las instituciones constitucionales su medio; y la libertad dentro del orden, su fin y su medida. En administración, tiende a promover todos los intereses sociales con las condiciones de justicia, regularidad, claridad y economía.

Con tal disposición de ánimo, este cuerpo cuyas doctrinas y tendencias guardan conformidad con las anunciadas por el nuevo gabinete, examinará escrupulosamente los presupuestos generales del Estado, y se dedicará a la discusión, y si posible le fuere, a la mejora de los demas proyectos de ley que en nombre de V. M. le sean presentados.

Con predilección acogerá la medida reparadora que de acuerdo con la Santa Sede restituya a la Iglesia sus bienes no vendidos, como reconocimiento del principio de su constante derecho a poseer, y disponga el saneamiento de los vendidos, cuyo perpetuo dominio se asegura a los compradores; así como dará también el debido valor a la solución de las dificultades que ofrece la enajenación del patrimonio inmueble de los establecimientos de beneficencia ó instrucción pública, y del comun de los pueblos, de modo que se concilie y armonice la existencia y porvenir de los propietarios con los buenos principios económicos en aumento de riqueza de las naciones. Los españoles son religiosos ante todo, mas sin perjuicio de la fe que heredan de sus mayores, aspiran a no retrasarse en el movimiento general de la época; puesto que aun aguardan muchas de las ventajas de toda especie ofrecidas como conveniencia del régimen constitucional, el Senado, que no necesita deseos, ni menos halaga pasiones, trabajará por la realización de razonables y legítimas esperanzas.

Señora: la institución del Trono es considerada como fuente de todo bien y salvaguardia de todos los derechos. La Europa experimenta en estos momentos una penosa sensación, y se agrupa instintivamente en rededor de las cabezas coronadas, blanco de la alevosía de los furiosos anarquistas y devastadores. Felizmente la Divina Providencia vela sobre las naciones y no consentirá que sucumba la causa de la civilización. Con su poderoso auxilio, con la sabiduría de V. M. y con la unión de los hombres honrados en el interés de los grandes principios tutelares de la sociedad, que es preciso robustecer, espera el Senado que el genio del mal no será osado a descubrir la ominosa frente en España, sino que este país, blanco de la legalidad, la hidalgía y la santidad, verá pasar por el mundo y extinguirse aquella rafa de fuego, y caminará con paso seguro al completo desarrollo de sus medios morales y materiales hasta alcanzar el engrandecimiento y poderío que le corresponden en el orden progresivo de los sucesos.

Palacio del Senado 28 de enero de 1858.—C. El marqués de Valguerna.—Florencio Rodríguez Vamonde.—El duque de Ahumada.—Alejandro Olivan.—El conde de Torre Marín.

«Señora: El Senado, poseído de la mas viva satisfacción, ha visto a V. M. llena de salud y de contento, inaugurar en su recinto los próximos trabajos legislativos, y por ello bendice a Dios, y por el señalado beneficio que ha hecho a V. M. y a la nación concediéndole un príncipe heredero y continuador de la esclarecida estirpe de Borbon en el trono de España.

Este cuerpo, señora, examinará, según V. M. se lo encargó, y con el especial cuidado que acostumbra, los proyectos de ley que se digna anunciarle, reduciéndose hoy a manifestar: que con razon cuenta V. M. con su mas eficaz apoyo para cuanto se dirija al sosten y fortalecimiento de su centro constitucional, único centro, después de la religión de nuestros padres, a que pueden reunirse en los presentes tiempos borrascosos todos los intereses respetables y los morales primero, de la que ha sido y ha de volver a ser con el favor del cielo, tan gloriosa y tan grande monarquía.

Palacio del Senado 27 de enero de 1858.—El marqués de la Pezuela.»

Grandemente maravillado nuestro colega La Discusión de haber oído decir que el señor Bravo Murillo no aspira a ocupar el poder, pregunta en su número de ayer por qué aceptó la presidencia de las Cortes.

Ya hemos dicho hasta la saciedad, que la elección del señor Bravo Murillo para aquel importante puesto no significa otra cosa que el acuerdo de todas las fracciones moderadas para oponerse a un gabinete que no simbolizaba sus principios. Este acuerdo se manifestó en la primera ocasión, que fué la elección de la mesa del Congreso; pero no quiere decir esto que el señor Bravo Murillo aspire entonces ni aspire ahora a ser gobierno, ni que buscara los votos y el apoyo de las fracciones moderadas para triunfar del candidato ministerial. Por el contrario, las fracciones moderadas fueron las que buscaron a don Juan Bravo Murillo, y contra sus deseos le colo-











